

LA GUASA

SEMANARIO FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

REDACCION

Calle del Rosellón, número 80, piso 1.º, 2.ª pta.
GRACIA (BARCELONA)

ADMINISTRACION

Kiosko EL SOL de D. P. Gallardo, Rambla del Centro
BARCELONA

Toda la correspondencia se dirigirá al Sr. Director de LA GUASA, Fosellón, 80, 1.º, 2.ª, Gracia [Barcelona]

Revista de la semana ⁽¹⁾



UALQUIERA se mete á revistero con 28 grados de calor, y hallándose veraneando la mayor parte de nuestra población, como diría un gacetillero amigo mío.

Pero no es eso todo, no es sólo el calor y la falta de gente lo que hace insulsas las revistas... de verano, es el gastado tema del veraneo, el que parece haberse impuesto en estos escritos; y yo, para seguir la costumbre, no quiero dejar de echar mi cuarto á espadas sobre tan importante asunto.

Por regla general sentimos cierto rencorcillo hacia esas gentes que disfrutan de agradable temperatura en pintorescos balnearios de España ó del extranjero, sin tener que andar á mojicones con el trabajo para asegurar el prosaico é indispensable garbanzo; y este rencorcillo, envidia ó lo que sea, tradúcese en los papeles por rayos y truenos que lanzamos contra los afortunados que refrescan las carnes fuera de nuestra capital.

El veraneo, entiendo yo, que es una

solución de continuidad de nuestra vida doméstica, altamente provechosa. Si esta se hace á lo príncipe, es decir, si se marcha uno (ú otro) al extranjero, á Spha, á Baden-Baden, á Vichy, etc., huelga el que yo lo encarezca: se recomienda por sí solo. Si por el contrario se hace marchándose uno á la montaña, con las incomodidades y privaciones que el caso requiere, también este me parece á mí un bonito medio para truncar la monotonía de una vida modesta y arreglada.

Item más: durante el tiempo que se está ausente de Barcelona (ó del infierno), pueden ocurrir 'a mar de cosas que le hagan á usted saltar de gozo, por ejemplo: la muerte del inglés más cócora..., un cólico cerrado que acabe con el casero..., etc., etc.

Yo sé de gentes egoístas, que critican á todo el que se ausenta de nuestra ciudad en cuanto siente correr por su cuerpo las primeras gotas de sudor, y luego, al enterarse de que realmente el sol de Agosto es mucho sol para sufrirlo con resignación, alternada con algún baño de los Orientales, les falta tiempo para hacer el petate, tomar dinero al 60 por 100 y largarse de aquí aunque sea para meterse en una madriguera...

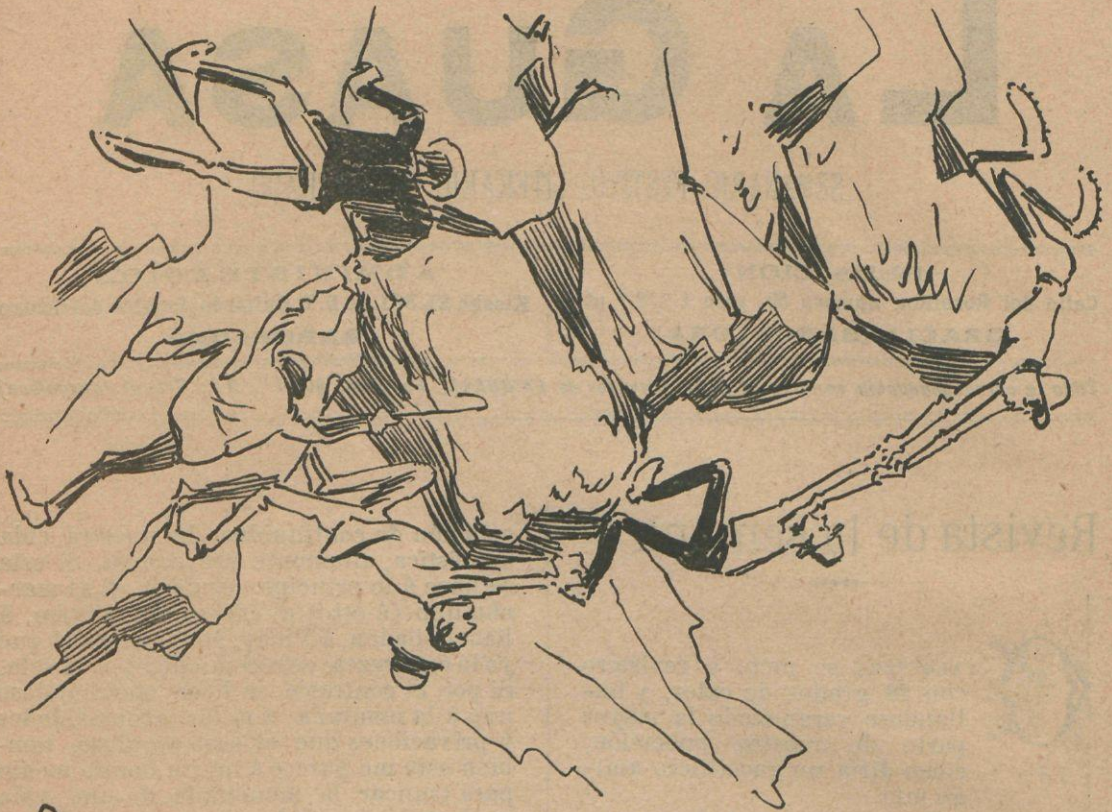
Y, la verdad, dígase lo que se quiera, no hay como pasar los meses de canícula fuera de la ciudad condal.

De mí diré, que siempre me ha sabido mejor un vaso de agua de Vichy ó de Saint Galmier, que otro de... la fuente de Canaletas.

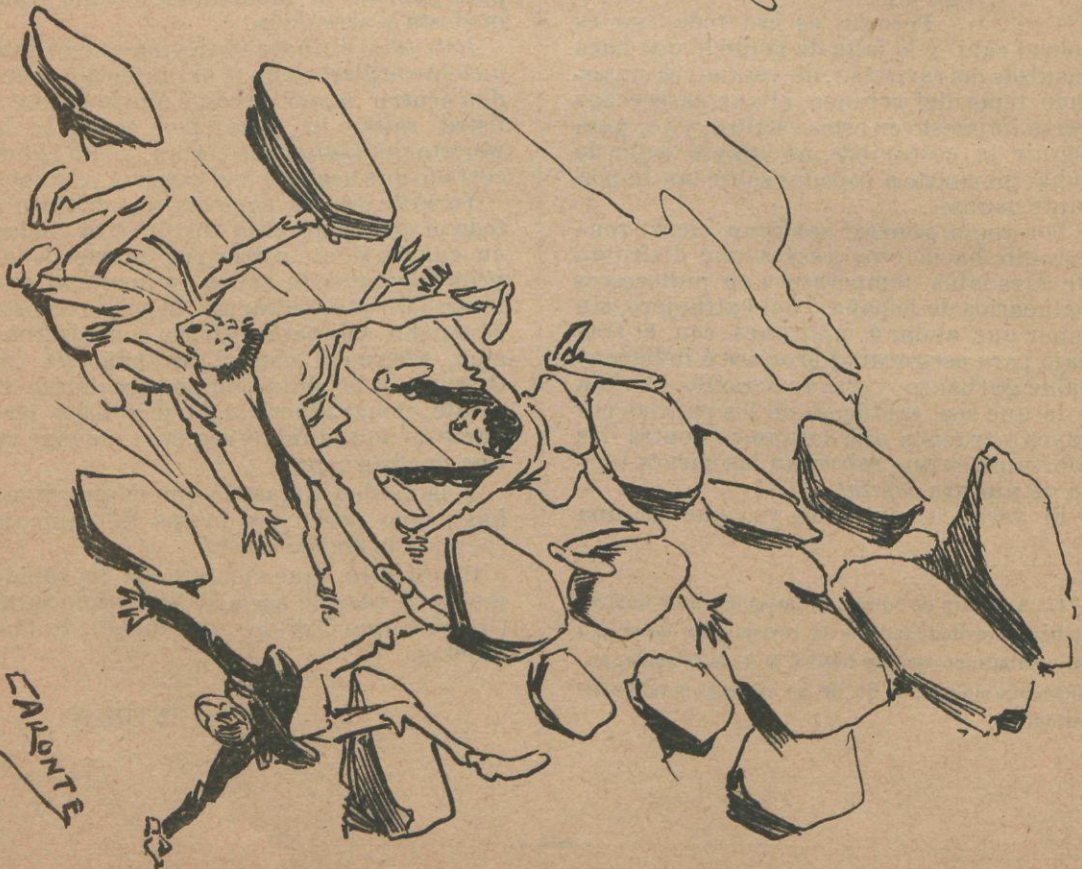
INTRUSO.

(1) A la hora de entrar en máquina este número no hemos recibido todavía la revista que esperamos del notabilísimo escritor festivo, D. Luis Taboada, publicándolo sin ella, á fin de no retrasar la salida del periódico.

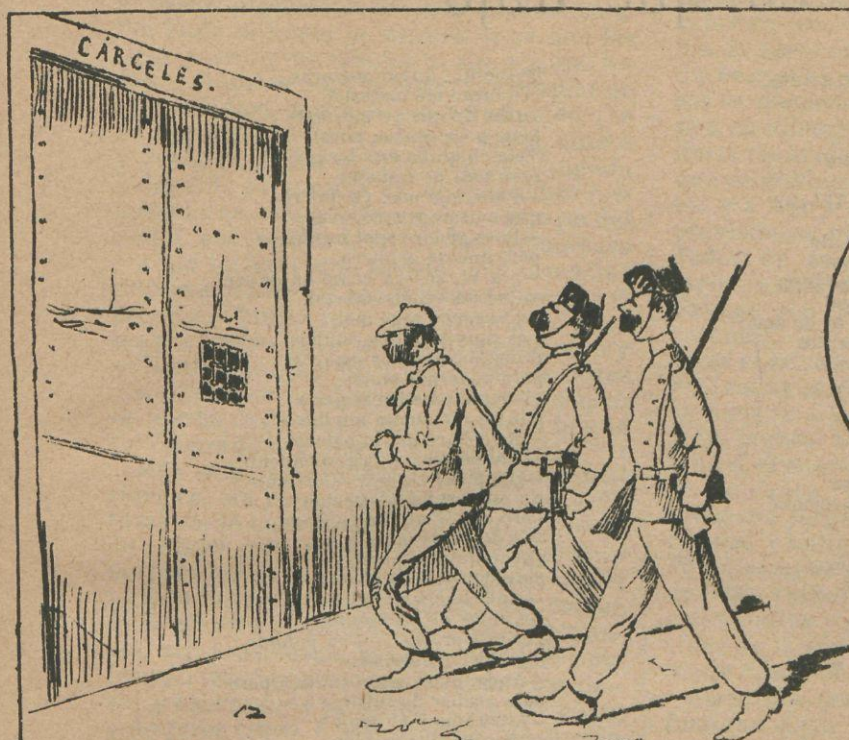
El placer de trepar a la montaña...



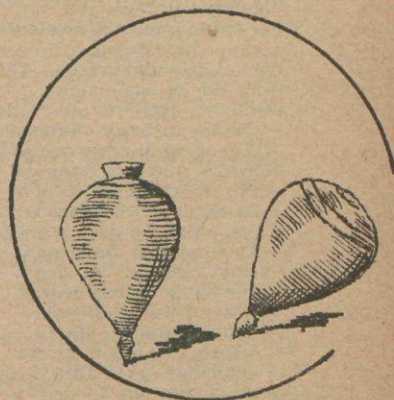
!Las emociones del descenso!



FRASES DE LA TAUROMAQUIA, *por Fradera.*



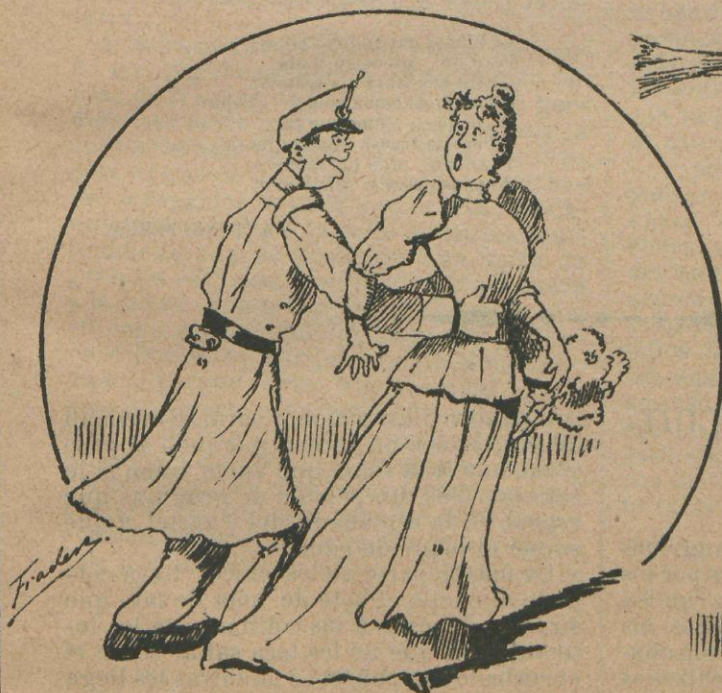
El encierro.



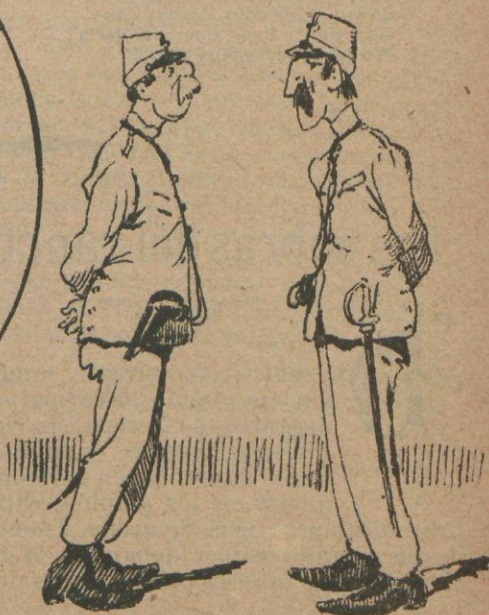
Los peones.



Un arenque.



La tienta.



Un par.

Lo que trajo.

—¿Qué tarde has venido, Arturo!
 —He ido á casa de mi tía.
 —Escusas. —No, Lola mía, digo verdad, te lo juro. Por cierto que en la escalera al despedirse de mí, me ha dado un abrazo. —¡Ah! ¿sí?
 —Así no; de esta manera.
 —¡Chico! —¿Quieres otro? —No.
 —¿Te doy un beso? —Tampoco.
 —¿Tan poco? Si crees que es poco pide más, que aquí estoy yo!
 —¿Me amas? —¡Pues no te he de amar!
 —Yo mi bien... ¡te adoro tanto!
 ¡Es mi amor tan puro y santo!...
 —(Ya empieza á disparatar. Cuando comienza tan mal sé que ha de acabar peor)
 —yo siento por ti un amor profundo, sublime, ideal...
 —¿Sientes este amor sincero tú también? —¿Yo? Mira, hermosa, yo sólo siento una cosa que es el no tener dinero.
 —¿Y hablas de dinero? —¡Digo!
 —Arturo, me haces pensar que tú te vés á casar con mi dote y no conmigo.
 —Lola, me juzgas muy mal. Mi intención, querida, no es casarme por interés... (sino por el capital).
 —Perdóname, vida mía, si dudé de tí un instante.
 ¿Me amas? —Como un elefante.
 —¿Yo más! —(¡Cuanta tontería!)
 —Para colmo de ventura dentro mi pecho palpita una pasión infinita que el alma mía satura de un algo, de un *no sé qué* que... no se explicarme, Arturo.
 —Eso niña... ¡es más oscuro que un discurso de Fabi!
 —Oye, Arturo; allá en los cielos se goza más y mejor, allá es más puro el amor, no hay falsedades, no hay celos...
 —¿Y qué? Pues, que apreciarla...
 ¡Yo tengo ideas muy raras!

Quisiera... que te mataras...
 ¡Yo luego me mataría!
 —¡Eso de que yo me mate tiene poca gracia, poca! (Esta chiquilla está loca, pero loca de remate)
 —Pues, *hijo mío*, yo quiero que muramos ó riñamos.
 —Pues *¡madre mía!* muramos... pero mátate primero.
 —¡Oh! Sí, sí. —¿Y cómo ha de ser?
 —Con un veneno mortal.
 —El veneno sabe mal, y es muy prosaico, mujer. Busca medios más seguros para podernos matar.
 (Y cuánto me haces pasar por tus cincuenta mil duros!)
 —Me echaré por el balcón.
 —Tampoco es muy conveniente.
 —¿La pistola, pues? —Corriente. Ya está hecha la elección. Pero oye, y no juzges, Lola, mis palabras indiscretas.
 ¡Necesito diez pesetas para comprar la pistola!
 —Aquí tienes un billete. No elijas de las baratas.
 ¿La comprarás... —*Con patatas*. Digo, del calibre siete.
 —Anda, pues, que aquí te espero para acabar de sufrir.
 —Espérame y al venir te doy un tiro certero con mi buena puntería y caes al suelo redonda.
 —¿Te vas? —Sí: voy á la fonda. digo, voy á la armería.

—¡Vienes cayendo! —No sé... Pero no... no caigo, Lola.
 —¿Me has traído la pistola?
 —Bueno, sí... me caigo... ¿y qué? Ja, ja, ja... ¡Cómo me río!
 —Pero la traes? Bueno fuera! Te traigo... ¡una borrachera de padre y muy señor mío!

ANTONIO SERRA.

Las sobras del rancho.



DESARRAPADOS, astrosos, mugrientos, enseñando las carnes por los desgarros de la ropa, sin camisa los más, apenas envueltos los flacos miembros en el raído chaquet y en los amplios calzones trocados por un poco de arena, asomándoles la pelambrera por debajo de la gorra, desnudos los callosos pies, y llenas de mu-

gre pantorrillas, manos y cara, se arriman de pescozones en broma, jugando al paso y dándole á la toña, que vuela como si le salieran alas, un pelotón de granujas que espera en la esplanada del cuartel á que suene el toque de rancho.

La mayor parte de los chicos lleva colgado al cuello el bote de hoja de lata que sirve de depósito á las colillas, y en los intervalos en que no les toca saltar sobre el encorbado compañero, ó mientras les llega el turno de sacudirle á la toña, no cesan los mocetes de atisbar el suelo echándose con la furia de lobos, y tres ó cuatro á la

vez, sobre la colilla que tira el transeunte al pasar: algunos de los muchachos ostentan liada al busto la misera sogá que les sirve para llevar talegos al río; alguno todavía muestra bajo el brazo el ejemplar de un periódico, resto de un veinticinco que no se concluyó de vender, y todos, chicos y grandes, dejan traslucir en la espigada y endeble persona, y en el macilento rostro coloreado ficticiamente por el trajín del juego, ese hábito terrible del desamparo y de la miseria que agosta las tiernecitas naturalizas de los niños abandonados á sí propios, chupándose sus blanduras hermosas, como el viento del verano seco y ardiente, quitándole el verde de sus tallos y sorbiéndole los jugos, arremete contra la hierba de la que nadie cuida y á la que solo riegan las gotas de los aguaceros.

Más allá, separados de los levantiscos rapaces, en más pacífico grupo, aguarda también la comida cuartelera otro pelotón de pobres, que gruñe y se pelea á palabrotas, por quién ha llegado primero: aquel nauseabundo montón de mendigos carece de la alegría de infancia del de los granujas; allí predomina la vejez, y allí se confunden tres ó cuatro cincuentonas, legañosas y chorreando pringue, y entre brujas y mujeres cinco ó seis abuelos, de zurrón y capa parda; un ciego con la guitarra á la espalda, cayado en mano y conducido por su lazarillo, y alguna mozueta incitante y procaz, comida por la tisis y la lujuria.

A la izquierda de la gran plaza, formando un ángulo casi recto, se extienden las filas de frondas de la calle de Ferraz, perdiéndose entre las casas en la lejanía y la cuesta de San Vicente, que baja ocultándose detrás de un toldo de copas de árboles; á espaldas se abre y se oculta bruscamente en su fondo la calle de Bailén; partiendo de ella, se prolonga una sarta de grandes edificios, que va á concluir junto á la plaza de San Marcial, y al frente, con su color rojo de ladrillo, su tejado con bohardillones, su estribo saliente donde radica el parque y sus tres entradas enormes, se yergue amazacotado é inmenso el cuartel de San Gil, arrojando por las bocas de sus puertas bullicio de gente, ecos de voces, notas de trompetas y clarines, ese rumor heterogéneo y peculiar de la fuerza armada; en uno de los esquinzos, ocupados por infantería, se ven delante de la

fachada pantalones encarnados y capotes celestes; tres ó cuatro números de la guardia de prevención charlan sentados sobre un banco; el centinela se pasea á dos pasos de distancia: más al centro, tiene acceso á su albergue el alojamiento de la artillería montada; en este sitio, los uniformes que se distinguen son azul, negro y grana, y á uno y otro lugar llegan carros con provisiones, oficiales á pié y á caballo, soldados en traje de paseo y en traje de faena, asistentes con portaviandas, ordenanzas con pliegos, el jefe de día, el coronel... De cuando en cuando llena los aires el silbato de los tranvías que pasan, y el rodar estrepitoso de los carruajes que se dirigen á la estación del Norte.

De pronto, á lo largo del portal, se forma en el cuartel de infantería larga línea de soldados, vestidos de *cuadra*; á una señal del sargento se echan las cornetas á la cara, y bullicioso, animado, alegre lleno de notas agudas, suelta la banda el toque de lista, respondiéndole casi á la vez las majestuosas y graves cadencias de los clarines de la artillería, que lanzan el mismo toque desde el cuartel de junto.

Sacudidos por la marcial algarabía, como fustigados por aquellos sonos guerreros, interrumpen pilletes y vejestorios juegos y disputas, requiere cada cual su cazolilla ó su puchera, corren á las puertas de los cuarteles atropellándose, empujándose, echándose encima, conquistándose á trompicones y codazos los primeros sitios, y apelonados y unidos se estacionan entre las entradas del edificio, y allí se quedan con la pesadez de las moscas que oífatean el azúcar.

A poco ondula y se agita la hilera de pobres; los cabos de cada compañía, unos antes, otros después, salen con los rancheros que conducen á cuestras sus grandes marmitones relucientes y humeantes; acércanse con fingida timidez los menesterosos, y van recibiendo los enormes cacillos de comida, llenando hasta que rebosan sus cacharros, mientras la hilera que aguarda vez, chilla y se alborota de impaciencia, mirando con ojos de envidia, á los granujas listos y mañosos, que se retiran con doble ración, á cambio de limpiar sus tarteras á los soldados amigotes.

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

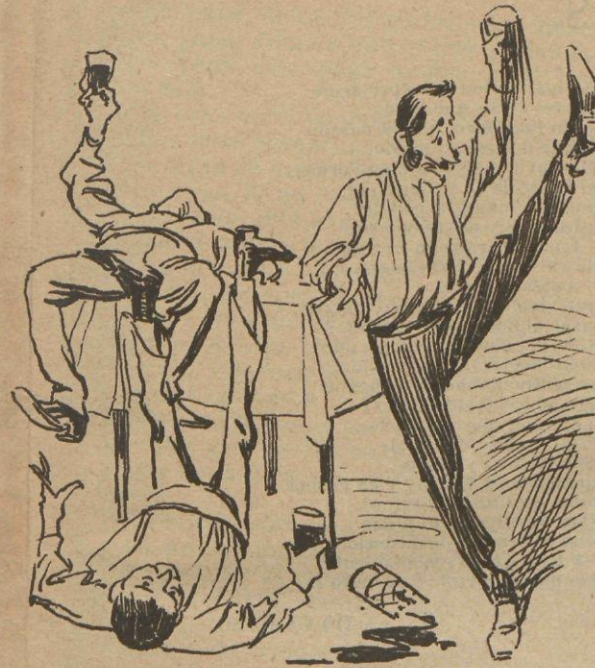
EL DIVORCIO, por P. Pito.



En vista de las delicias que trae consigo la vida conyugal, el tuelo de D. Frutos Palomeque, decide divorciarse de su cara mitad.



Ya divorciado, procura distraerse organizando alegres giras, en las que reina la mayor confianza....



Y comilonas en las que á los postres se tutea al mismísimo lucero del alba.



También asiste á conciertos y soirées, donde escogida concurrencia borra el recuerdo de la ex-esposa.



Convirtiéndose, á veces, en Tenorio de alguna aventurilla galante...



Hasta que por fin, en un baile de la Comedia, encuentra una mascarita, que, con sus gracias le trastorna los sesos...



Pero todo es inútil. La imagen de aquella mujer siempre dispuesta á airmarle camorra, no se aparta un solo instante de su imaginación...



Más ¡ay! que al descubrir el rostro, después de la cena de cajón, resulta ser la misma esposa-basilisco que el pobre D. Frutos deseaba olvidar.

Grandezas.

—Tres horas de Castellana,
en un landó de los buenos,
al trote de hermoso tronco
como el azabache negro,
viendo á niñas cual qucrubcs,
viendo á *mamús-esperpentos*
viendo á ricos, viendo á pobres
viendo á jóvenes y á viejos
dar vueltas interminables
por el lucido paseo;
con un calor de mil diablos,
con almidonado cuello
que se clava en la epidermis,
cómo se clava un anzuelo;
recibiendo el sol de Julio
sobre el lustroso sombrero
de copa, que como un horno
te va abrasando los sesos;
con guantes de cöbritilla
que se pegan á los dedos
cual si tuvieses las manos
pringadas con pez hirviendo;
embutido en la levita,
cómo sardina en el cuévano
echando el sudor á mares
por los poros de tu cuerpo;
calzados los pies con botas
de adobado y fino cuero

sin mas misión que apretarme
ciertos callos que poseo...

En fin, chico, que he pasado
lo que decirte no puedo,
pues ni la media hora en Fornos,
ni la media en el Congreso,
poner á tono han podido
mi molido y pobre cuerpo.

Luego, parada en *Lhardy*
de allí otra vez al Congreso;
ir á casa de Pidal
que vive en... el quinto infierno;
luego al Consejo de Estado...

—Pero, chico, no comprendo...
tú un holgazán, un perdido,
un pobre diablo, un bohemio
que no has tenido jamás
sobre qué caerle muerto...
¿Contarme tú de levitas
y de troncos y paseos,
comiendo en *Lhardy* y en Fornos
cómo un título del reino?...
¿O tú no estás en tu juicio
ó no entiendo este misterio!

—Pues... chico sencillamente
que me he metido á cocheró ..

TÍO CAMUESO.

Don Gonzalo.

RA un solterón á machamartillo,
que no se había casado porque,
como decía en sus espansiones
amistosas, hay cada mujer por
ahí, que ya, ya.

Nosotros siempre que le veía-
mos en el casino le hacíamos
poner en el púlpito para predicar contra las
mujeres casadas, y contra la familia, y
contra los hijos, y contra el *sursum corda*.

—Don Gonzalo, me han dicho que se va
usted á casar con una chica fea, pero poco
honrada.

— ¡Yo casarme! ¡Yo!

—Usted mismo. Y hasta dicen que le
han visto á usted embozado en una capa
parda rondando de noche la calle de la
bella. Por supuesto que esto de bella es
una exajeración ¿no es verdad D. Gon-
zalo?

—Todo, todo eso que usted dice es exa-
jeración, por no decir aberración. Ya co-
nocen ustedes mis ideas con respecto, ó
sobre, ó á propósito del matrimonio.

El hombre no debe casarse. No por
aquello de que el buey suelto bien se la-

me, porque, por lo que á mi toca, nunca
he sido un buey ni pienso serlo, sino por
las obligaciones que uno se echa encima.

Comienza el casado por necesitar lecho,
doble, comida doble y vajilla doble. Esto
los primeros meses, porque luego, si la
Providencia le da hijos, todo eso que es
doble suele transformarse en triple, ó en
cuádruple... ó en el diablo que me lleve.

Luego tiene usted que bregar con cos-
tureras, modistas y zapateros, porque la
señora, sin consultar el bolsillo de usted,
se provee de todo lo necesario y hasta de
lo superfluo.

Hay además que vivir sujeto á las fal-
das de la esposa como un adorno más, y
llevarla al teatro para que, si es guapa,
tengan dentera todos los viejos verdes y
sietemesinos que asistan al espectáculo.

También hay que vigilarla, por aquello
de que la mujer es fuego, el hombre es-
topa, viene el diablo y sopla.

Si usted viene tarde á casa, la mujer, ya
se sabe, le arma á usted un escándalo. Si
por el contrario, no sale usted y se vuelve
casero, siempre le está diciendo:— ¡Hom-
bre, porque no vas á dar una vueltecita!

Si se tienen hijos, la casa es un infierno
y no puede usted trabajar ni hacer nada.
Papa, que Enriqueta me enseña la lengua;
papá, que Ricardín me está dando de pa-

tadas; papá, dame dos reales para merengues; papá, déjame que te tire de las narices; papá, esto; papá, lo otro; papá, lo de más allá.

Por otro lado, la mujer.—Eres un bragazas, estos chiquillos concluirán por hacerte tirar de un tranvía. No sabes educar á tus hijos. Si no fuera por mí...

La criada, mientras tanto, no hace caso al señorito y se le ríe á la cara, porque allí la señora lo es todo.

En fin, concluía diciendo D. Gonzalo: el hombre que se casa es digno de que le peguen cuatro tiros por la espalda á traición. ¡Se está tan bien siendo soltero!

Todos creíamos á pies juntillas en las ideas manifestadas por D. Gonzalo, hasta que por una vecina suya llegué á enterarme de la vida de ese solterón recalcitrante.

Vivía supeditado á una criada que parecía un marimacho. Le hacía fregar los platos, poner la mesa y hacer las camas. Y no le hacía cocinar porque echaba á perder todos los guisotes.

Cuando la criada se incomodaba, cogía la escoba y ¡zas! ¡zas! ¡zas! recibía una lluvia de escobazos mi D. Gonzalo, como si fuese una inmundicia cucaracha.

El no se casaba por no tener hijos, pero en cambio la irascible fámula le hacía cuidar de tres perros, dos gatos y seis gallinas que tenían en la dispensa.

D. Gonzalo era muy pulcro y tenía que vivir en medio de la mayor suciedad, viéndose obligado á tener su ropa en casa de la vecina que me dió estos informes, donde se la mudaba cuando tenía necesidad.

La criada le robaba ignominiosamente en la plaza, y á veces empeñaba ropas y muebles de la casa para regalar al bigarudo del panadero, con quien estaba en relaciones.

Y no era esta la primera criada que había abusado de este enemigo del matrimonio. Una tuvo que se hacía dar fricciones en la espalda y lavar los pies por Don Gonzalo.

Cuando yo enteré de todos estos detalles á mis amigos, dimos una rechiffa á Don Gonzalo al presentarse en el casino, rechiffa que le llegó tanto al alma, que al mes estaba ya casado.

Con la criada, naturalmente.

DANIEL ORTIZ.

Prosa en verso.

¿Un consejo me pides, oh Fábulo
que rinda á una ingrata
y hermosa mujer?...

Es difícil que dé resultado,
pero, en fin... chiquillo...
tú prueba... y á ver...

Si un amor buscas sólido y firme
no pierdas el tiempo,
que no le hallarás.

El amor, hoy en día, consiste
si no en el dinero,
en la variedad.

¿Que un afecto tan solo deseas
que entienda ninguna
llegue á interesarte?...

Pues así te querrán cuantas bellas
se crucen contigo
¡que algunas serán!

¿Que al flojirlas cariño se engríen
y entonces se trueca
su mimo en desdén?...

Quitas hierro; y al punto te dicen
las mismas ingratas
que eres tú el cruel.

No te calles ¡por Dios! ni un momento
si te hallas al lado
de alguna beldad...

Tu procura soltar la sin hueso,

que cuanto más hables
más listo te harás.

No te turbes si ves que sus ojos
el tedio que siente
la obliga á cerrar...

Sigue hablando, que algunos más sosos
á fuerza de latas
se han hecho adorar.

Ni versitos ni joyas prometas
jamás á tu amada
¡qué barbaridad!...

Porque, luego, sin musas ni perlas,
ten ya por seguro
que no te querrá.

Y, por fin, si un regalo á la chica
decides hacerla
que pruebe tu amor...

Pues la compras ¡oh Fábulo! unas ligas.
Este es mi consejo,
tú síguelo ó no.

Y si al punto no te hace, la ingrata,
omnímodo dueño
de su corazón...

Ten por cierto que á aquella muchacha
ya nadie la rinde.
He dicho, gachó.

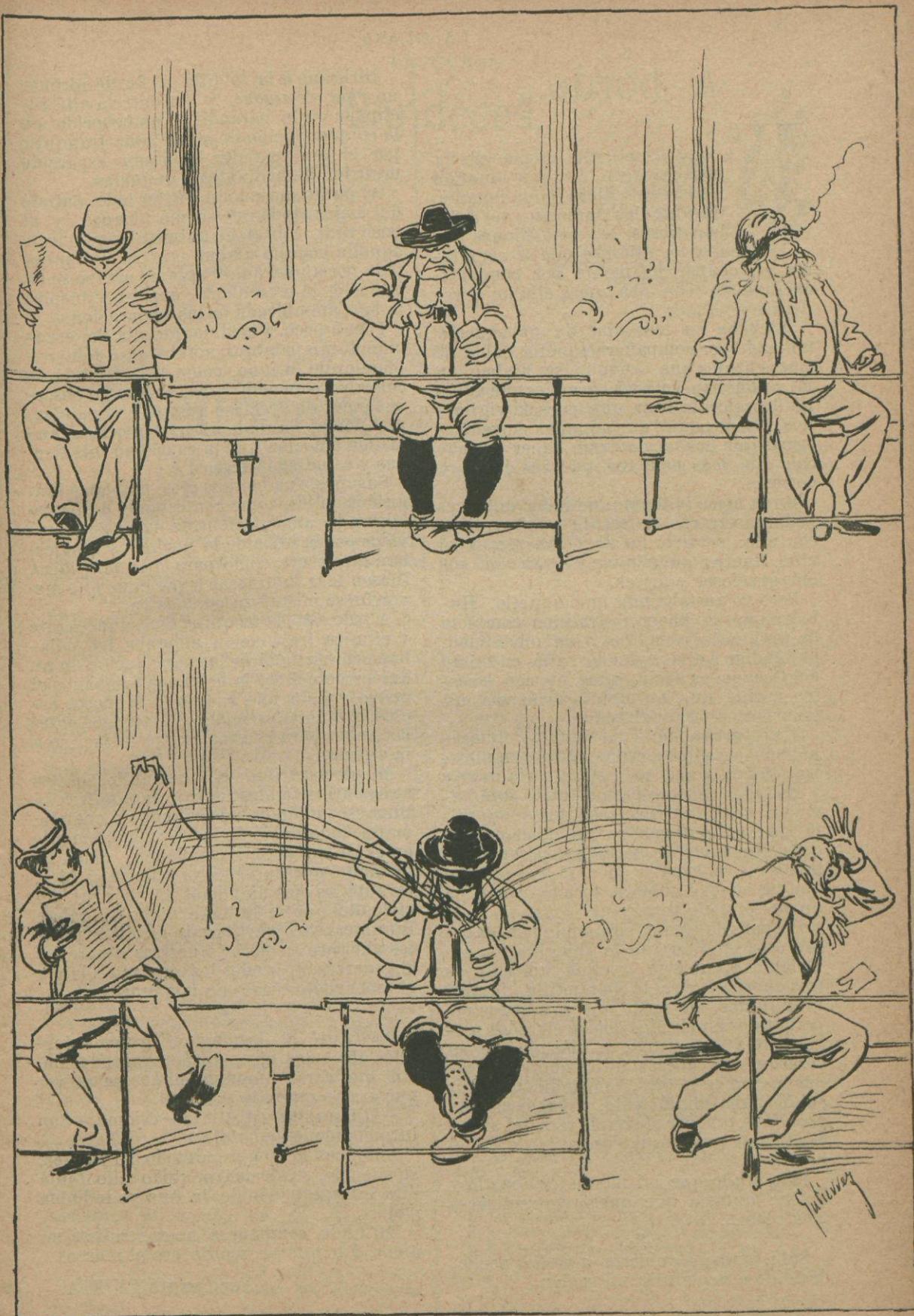
J. B. RAMIS SOLER.

MONOMANÍA REINANTE, *por Cilla.*



He pedido estos libros en la biblioteca, porque necesito hacer un minucioso estudio para dar una conferencia, sobre la mayor ó menor costumbre que tuviera el Sr. Colón, de abusar de las legumbres en los meses de verano.

HISTORIETA MUDA, por Gutiérrez.



A bordo...

Eso que es aquella noche no la pasaba yo sin declarar mi amor á la linda viajera, cuya imagen, durante los ratos que me dejaban libres los retortijones del mareo, dijérase que se complacía en ocupar mi mente por completo, excluyendo toda idea que á ella no se refiriese.

Llevaba ya tres días de navegación teniendo por compañera aquella rubia de ojos azules que, cuando se fijaban en mí, antojábanseme más grandes que aquella descolorida luna que parecía vigilar-nos, y más azules que aquellas movedizas aguas que nos mecían, sin haber cruzado con ella más palabras que las de pura cortesía.

En la mesa la tenía á mi lado; entonces podía mostrarme deferente y obsequioso con ella: servirla los *hors-d'œuvres* y el vino, finezas que ella me pagaba con sus más graciosas sonrisas.

Pero yo ansiaba más que aquello. Hubiera querido hacer abstracción completa de los demás pasajeros y la oficialidad, hallándonos ella y yo solos, allá, en mitad del Océano; es decir, solos, no, con nuestro cariño que se manifestaría en mil transportes y ridiculeces...

Y no paraba aquí mi fantasía. Imaginábame aquellas escenas íntimas en nuestra *soledad*, donde todo se volvería mimos y cuidados del uno para el otro: solícitamente colocaría ricas aceitunas en mis labios... comeríamos de un mismo plato, cuasi partiendo los bocados... posaría sus labios en su copa y en el mismo sitio en que los suyos hubiesen tocado, como en un prolongado beso...

Después de comer, siguiendo por los escabrosos senderos de lo imaginario, subiríamos á cubierta, reclináramos nuestros cuerpos sobre la barandilla, juntos, muy juntos, de modo que yo sintiese repercutidos en el mío, los acelerados movimientos de sístole y diástole de su corazón; las cabezas dulcemente apoyadas la una en la otra, confundiéndose sus rubios rizos con mi pelo; y las bocas tan próximas, que por el simple roce del aliento al pasar por los labios, se produjese el beso...

Esto era lo que mi mente forjaba día y noche: fantasía que quería yo realizar á toda costa...

Subí, pues, á cubierta aquella noche, decidido á declararla mi pasión.

Dirigíme á la toldilla á fin de ultimar mi *plan de ataque*, y encontréla allí, reclinada en la barandilla, embebecida en la contemplación de aquel mar tranquilo por el que parecía hubiesen esparcido multitud de brillantes lentejuelas...

Al punto me coloqué á su lado. Saludé del mejor modo que se me alcanzó, y al poco rato, cobrando ánimo al ver sonreír aquella boquita que no parecía sino pres-tada por algún ángel que no estuviese de servicio, le espeté entre suspiro y suspiro la más alambicada de las declaraciones.

Poco á poco, á medida que ella iba escuchando mis palabras, notaba yo, al débil resplandor de la luna, cómo se la mudaba la color; pero no era rubor lo que yo observaba en su precioso rostro, era palidez, producida, sin duda alguna, por la grandísima emoción que la causaban mis tier-nas y estudiadas frases.

Sus ojos, sus bonitos ojos, fijábanse lánguidos en mí, como contestando á mis palabras de amor, mientras sus rizos, movidos por la brisa de la noche, escarbajeaban mi frente como para que mis ideas fuesen más luminosas y por ende que mayor fuese mi fuerza persuasiva...

A todo esto, la máquina con su incesante y rítmica trepidación, ahogaba las palabras, convirtiéndose la conversación en un dulce cuchicheo; la brisa acariciábanos el rostro con sus más suaves y mimosos soplos, y la luna escondíase á trechos entre las nubes para prestar mayor atractivo á la escena...

Mi declaración, el murmullo de las aguas acariciándose debajo de nosotros, la luna escondiéndose de cuando en cuando; en fin, todo debió de influir notablemente en el ánimo de mi compañera, pues de momento acentuóse su ya intensa palidez, levantó los ojos fijándolos en el azul del cielo, del que se hubiera dicho colgaban innumerables y brillantes farolitos puestos allí para celebrar nuestros amores, y sin fuerzas, apagados los ojos, rendida por el amor, dejóse caer en mis brazos...

Poco duró el desmayo. Segundos después abrió los ojos, miróme agradecida, sin mostrarse ofendida ni gozosa al ver que era yo quien la sostenía.

—Mil gracias, caballero,—díjome.—Son incomodidades del viaje.

Entonces lo comprendí todo; su palidez, su silencio, su desmayo, ¡todo ello tenía otra interpretación de la que yo le había dado!

¡Mi linda compañera no se rendía á mi amor; á lo que se rendía era al mareo!...

NARCISO GAY VIETA.

Sandeces.

Me han dicho que tu novio,
Paco Trujillo,
te compara a una virgen
del gran Murillo.

No lo tomes en serio
¡pobre criatura!
que él lo dirá tan solo
por la pintura.

Me gusta ver el fuego
de tu mirada,
de tus labios ardientes
me gusta un beso...

Pero si he de ser franco,
mucho más que eso
me gusta... el chocolate
con ensaimada.

EMETERIO LUNA.

INFUNDIOS

(Al público.)

Querer convencerte, ¡oh público! del deseo que tiene en complacerte la empresa de LA GUASA, sobre ser pesado, resultaría inútil, porque es sabido que los axiomas no se demuestran.

Y axioma, como todos, claro y terminante, es el sumario que consta en la portada.

Con la colaboración de Luis Taboada, Alfonso Pérez Nieva, Juan Buscón, Daniel Ortiz, etc., etc., no puede haber semanario festivo que deje de obtener tu favor, pues tú mismo has colocado á estos escritores, á la envidiable altura que hoy ocupan en nuestra literatura, y no es cosa esta, en la que ahora vayas á contradecirte.

Además, tú ya sabes, público respetable, el estado sanitario de Europa, ó mejor dicho, no lo sabes, pues cuando la prensa misma no se contradice con sus variadas noticias, viene el gobierno y la contradice por su cuenta; no por nada, sino para hacer algo que pueda alternar con los fracasos diplomáticos y la subida de los cambios.

Enterado, pues, aunque malamente, del desarrollo de la epidemia colérica, no debes ignorar que el estado de ánimo influye mucho en el cultivo del *bacillus virgula*, recomendándose siempre como preservativo el buen humor...

Así, pues, no insistiré más sobre este punto... ni el otro... ni el de más allá; pero si te diré, á fuer de amigo, y con mis ribetes de consejero:

Que, por diez céntimos que cuesta el periódico, tienes en tu mano el alejar de tus intestinos al terrible *huesped*, como dice la prensa *no pornográfica*.

Para que fien ustedes en arrepentimientos.

El otro día fugáronse de un convento de Cádiz todas las *arrepentidas* que en él había albergadas.

Se vé que éstas señoras (ó señoritas) de lo que se arrepentían era de haberse arrepentido.

Como Romero Robledo, que ahora se arrepiente de haberse *arrepentido* de ser conservador.

Y basta ya de *arrepentimientos*.

Algunos diarios ponen, estos días, el grito en el cielo, á propósito de la tolerancia que dicen se observa en la introducción de gallinas procedentes de Rusia.

¡Cuidado, gomosos! porque las señas son mortales: plumaje blanco y poca cresta (que bien puede confundirse con poco seso); pónganse ustedes en guardia, no sea que el Director de Sanidad, confundiendo el *sexo*, mande recoger *pollos* en vez de gallinas.

Aunque, bien mirado, los dos géneros, llevan consigo el germen de una epidemia.

A propósito del Centenario, le dice un chiquillo á su papá, mirando á Colón sobre su monumento:

—Sabes, papá, que es muy raro que Colón se aguante todavía tan tieso.

—¿Por qué, hijo mío?

—Porque teniendo cuatrocientos años, debería ya caerse de viejo.

—= CORRESPONDENCIA =—

A. S.—Valencia.—Mil gracias. Va carta por correo.
H. M.—Barcelona.—Barbaro. No tiene V. noción ni de la caligrafía.

S. M.^a D.—Corrija las asonancias de los últimos versos y mándemela de nuevo.

H. J.—Madrid.—Va. Irá el artículo.

E. S.—Gerona.—Queda suscrito por tres meses.

F. B. L.—Tarrasa.—Idem, idem.

N. L.—La Bisbal.—Un año 3'50 ptas. En sellos de correo.

BARCELONA.—Imp. de P. Ortega. Aribau, 13.

CUESTIÓN DE CALIDAD, *por Cilla.*



Un guapo, que no es tan guapo....



como este guapo.

LA GUASA

PERIODICO FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

en el que colaboran

**NUESTROS MEJORES ESCRITORES
Y DIBUJANTES**

PRECIOS DE SUSCRIPCION

ESPAÑA		EXTRANJERO		ULTRAMAR	
Tres meses. . .	1'00 pta.	Tres meses. . .	1'50 pts.	Tres meses. . .	2'00 ptas
Seis " . . .	1'75 "	Seis " . . .	2'75 "	Seis " . . .	3'50 "
Un año. . . .	3'50 "	Un año. . . .	5'50 "	Un año. . . .	7'00 "

Número suelto, 10 céntimos

Número atrasado, 20 céntimos

REDACCION: Rosellón, 80, 1.º, 2.º, Gracia (donde se dirigirá toda la correspondencia.

ADMINISTRACIÓN: Kiosko EL SOL, de D. P. Gallardo, Rambla del Centro (donde se dirigirán los pedidos)